

y encantadora. Aunque distante algunas leguas del mar Muerto, parece que esté debajo de sí. Detrás se elevan las montañas de la Arabia Petraea, este vasto sepulcro de un ingrato pueblo, la de Nebó, sobre la cual Dios hizo subir al conductor de los hebreos y desde donde le enseñó todo el país de una y otra parte del Jordán, diciéndole: «He aquí el país que he prometido á tus padres. Tú le verás, pero no entrarás en él.» Vosotros sabéis ya el motivo. A la derecha se descubren los montes de Hebrón, donde todavía se enseña el sepulcro del Patriarca de la Caldea, padre de los creyentes, los de Engaddi, las alturas de Betulia.

«Llegamos al pie de una alta montaña que dista una hora de Belén, escribe Noud. Está aislada. La he oído titular la montaña de los Franceses; en el país se llama del Paradiso..... Después de haber pasado por esta subida difícil llegamos á la cumbre, donde encontramos las ruinas de un gran castillo que la cubría toda: vimos todavía excavaciones, caminos cubiertos, pero todas las murallas y torres estaban derribadas, de suerte que apenas podían divisarse los cimientos. Se dice que los franceses lo habían fortificado para defender los Santos Lugares y que se sostuvieron allí por muchos años contra los infieles, no cediendo hasta que se vieron forzados por el hambre.»

V

Al salir de Belén y tomando el camino que dirige á San Juan de la Montaña, vense á poco, dada la vuelta á un cerro, las siguientes líneas de un edificio gótico dominando los árboles que le rodean y destacándose atrevidos sobre el azul de los cielos. Es el puerto de Beit-Djalla, mansión abierta al estudio, al retiro y á la oración. A corta distancia de la cuna del Salvador y de la cueva en que realizó San Gerónimo sus admirables trabajos, el patriarca latino de Jerusalén ha querido establecer un gran seminario. El edificio es bello y digno de los fieles que le han prestado la cooperación de sus limosnas y está rodeado de una población que cuenta dos mil almas, la mayor parte griegos cismáticos.

Al pie de la colina donde está situado Beit-Djalla corre una abundante fuente en medio de frondoso olivar. Pasado éste éntrase luego en un angosto desfiladero en cuyo fondo se halla un torrente seco, pero que en invierno es muy caudaloso, uno de los principales afluyentes del río de Alcalón.

Pronto se encuentra el viajero en el camino directo de Jerusalén á Gaza. Según la mayoría de los autores modernos aquí fué guiado San Felipe por el Espíritu del Señor que le dijo: «Levántate y dirígete al

Mediodía por el camino de Jerusalén á Gaza.» Al propio tiempo un etiope, uno de los principales eunucos de la corte de Candacia, reina de Etiopía, que había ido á Jerusalén á adorar á Dios, regresaba á su patria, sentado en su carroza leyendo los escritos proféticos de Isaías. «¿Entiendes lo que lees?» le preguntó el apóstol. El etiope le contestó: «¿Cómo podré comprenderlo si nadie me lo explica?» Y en seguida rogó á Felipe que subiese á la carroza y se sentara á su lado. Hízolo así el apóstol, y explicándole el sagrado texto le anunció á Jesús. Hallaron luego á su paso una fuente, y el etiope le dijo: «Aquí hay agua; ¿qué impide ya que me bauticéis?» Felipe respondió: «Bien puedo hacerlo si creéis de todo corazón.» Y el etiope repuso: «Yo creo que Jesucristo es Hijo de Dios.» Mandó luego parar la carroza y Felipe le bautizó.

En aquel tiempo se creía necesitar que alguien explicase la Sagrada Escritura; se creía que no bastaba conservar su letra muerta si no se entendía, y que esta inteligencia ó la fe proviene de lo que se ha oído; *Fides ex auditu*, dice San Pablo á los Romanos; en una palabra; creíase en el principio de autoridad. En nuestros días le ha reemplazado el principio del orgullo: desde entonces todo ha sufrido alteraciones en el mundo; la autoridad del sacerdote, la del magistrado, la de los padres han sido despreciados á la vez; se niega la religión, la sociedad y la familia; tales son las consecuencias de un principio que con audacia se proclamó tres siglos atrás.

La tradición añade al bíblico relato que el magnate bautizado por San Felipe llegó á ser el apóstol de Etiopía.

La fuente mana todavía fresca y límpida en el Ued-el-Uard (valle de las Rosas), como á una hora de marcha por el solitario sendero; los árabes la llaman Ain-el-Hauieh; pero de la iglesia allí levantada en memoria del suceso no quedan más que ruinas, entre ellas cuatro fustes de coluna.

Escritores hay, como vamos á ver, que, siguiendo á San Gerónimo, fijan el sitio del bautismo del etiope en el Aiu-ed-Dirueh, cerca las ruinas de Bethsur.

Después de andar una hora llégase á la Fuente de San Felipe, sita á la izquierda del camino al pie de la colina. En otro tiempo debió estar sin duda muy adornada, puesto que todavía se ven algunos cincelados y restos muy considerables. En un campo inmediato había una iglesia, de la que todavía se conservan en pie dos columnas. A corta distancia se encuentran varios sepulcros abiertos en la peña.

Queresmio cita varios testimonios para probar que esta fuente es la misma de que se trata en los Hechos de los Apóstoles. Hablando de

Bethsur puede citarse un texto de San Gerónimo contrario á esta tradición; pero Quaresmio, para no refutar el dictamen de San Gerónimo, opina que junto á esta fuente debió estar la ciudad de Bethsur, lo cual es inadmisibile.

«Como deseaba llevarme agua de la fuente, escribe el abate Mislin, bajé de caballo para ir por ella, y al llegar allá encontré siete árabes con espingardas que estaban en pie sobre las peñas á una y otra parte del camino: dos se llegaron á nosotros, y después de cambiar algunas palabras con el intérprete, nos precedieron.»

Allí cerca se encuentra también un torrente que viene de un valle cercano donde, según se cree, estaba situada la ciudad de Soree que cita muchas veces la Sagrada Escritura por sus excelentes vinos, y por haber sido morada de Dálila, de la pérfida mujer que fué la pérdida de Sansón.

Opinan varios autores que en donde nos hallamos fué cortado el racimo que llevaron los enviados de Moisés. La inspección de los lugares es favorable á esta opinión. El valle es profundo y sus colinas están en muchas partes cubiertas de viñas que todavía producen grandísimos racimos. «Cuando pasé, continúa el Abate, hacía quince días que se acabara la vendimia; pero como en Hebrón, encontré todavía racimos muy exquisitos que tenían más de dos pies de largo. El ancho torrente que hay en el fondo del valle sería en este caso el Nahal-Escokol ó el torrente del racimo de la Escritura. Prefiero, sin embargo, el dictamen de San Gerónimo, que coloca este valle cerca de Hebrón.

»En seguida trepamos por un monte sumamente escarpado, precedidos siempre de los dos árabes. Llamé al guía y preguntéle á qué venían con nosotros aquellos dos hombres.

»—Ya os lo diré después, me respondió.

»—Sin embargo, importa mucho saberlo, repliqué: será que no sabéis el camino ó tenéis miedo; quedaos con nosotros. Despedid á estos hombres, ó los despido yo mismo.

»Los árabes se detuvieron, y nosotros continuamos el camino; mas apenas anduvimos algunos centenares de pasos cuando nos encontramos rodeados de peñas sin salida. Vime obligado á echar pie á tierra para no exponerme á una caída como las del Líbano, y reprendí ásperamente al belenita, diciéndole que fuese á llamar á los árabes para llevármelos por guías.

»—¡Cómo! ¿queréis ir al desierto con esos dos amigos? me dijo C.

»—Dejadme hacer, que conozco á los árabes. El belenita me confesó que sólo había ido una vez al desierto de San Juan; llamó á los árabes,

y le dije que podía volverse á su casa. Me suplicó que le permitiese acompañarnos, porque no se atrevía á volverse solo á Belén, cuando apenas distábamos dos leguas de la ciudad; júzguese por ende del terror en que viven los pobres cristianos de esta comarca.

»Llegaron entre tanto los dos árabes y consintieron en seguirnos de guías.

»Proseguimos el viaje. El terreno es sumamente árido y montuoso y en las eminencias noté que muchas eran cónicas parecidas á la del Furcidis.»

En esta comarca que se llama desierto existen sin embargo algunos pueblos sitios en los recuestos de las colinas donde quiera que hay agua: allí se encuentran hondonadas, huertas, viñas y rebaños. Sin embargo, el olivo es el árbol que se encuentra más generalmente en los montes de Judea, en todas partes crece, hasta en lugar árido y entre peñas, cumpliéndose así las siguientes palabras de la Escritura: «El Señor estableció su pueblo sobre tierra alta; para que comiera de los frutos de los campos, para que chupara miel de la piedra y aceite de roca muy dura: «Úlcunque de saxo durissimo.» Por lo que respeta á la miel, es muy común encontrarla en las grietas de las peñas como antiguamente. La historia antigua nos ofrece muchos ejemplos que prueban hasta qué punto se multiplican las abejas en Oriente. Los caucianos fueron expulsados de su tierra por enjambres de abejas, y los habitantes de Temiscrio sitiados por Lúculo opusieron á sus sitiadores dichos insectos.

Entre colinas de suaves ondulaciones dejamos á la derecha el monasterio de Santa Cruz, circuido de altos y fuertes muros. Según tradición el leño de la Cruz del Salvador fué cortado en aquel sitio, creencia confirmada tan solo por la existencia de grandes árboles en los alrededores. En el siglo XII era habitado el monasterio por una comunidad católica; habitanlo hoy religiosos griegos. Su fundación se remonta al siglo VII y es debida al emperador Heraclio; los Cruzados lo reconstruyeron y recientemente ha sido restaurado por el oro de Rusia. Llama especialmente la atención del viajero la iglesia, recargado de adornos, mosaicos y pinturas. Una abertura practicada en el mármol del pavimento, junto al altar mayor, señala el punto en que estuvo plantado el olivo de la cruz.

Es fama que este monasterio posee muchos pergaminos georgianos y es llamado por los árabes Deir-el-Mussa-Uabeh.

A partir de allí el camino se presenta más difícil y el paisaje más montañoso; observándose en las alturas cumbres cónicas semejantes á la de Furcidis, pero vense en aquel llamado desierto algunas aldeas allá y

acullá de la falda de los montes. En algunos puntos brota un poco de agua convirtiendo en froso aquel suelo y dando vida á vides lozanas y á grupos de árboles, entre los cuales domina el olivo. Una cuesta muy inclinada conduce al fondo de estrecho valle, donde está situado el pueblo de San Juan de la Montaña.

Antes de llegar al pueblo que dista unas tres horas de Belén, hállase abundante y hermosa fuente, llamada por los cristianos de la Santísima Virgen, por ser tradición que de ella se sirvió María durante la estancia de tres meses que hizo en la casa de su prima Santa Isabel. Su límpido raudal es dirigido á los inmediatos huertos en los que mantiene lozana vegetación.

Karem fué el nombre que llevó antiguamente la población llamada hoy, como la fuente, Ain-Karim por los árabes y por los cristianos San Juan de la Montaña ó San Juan del Desierto. En este lugarejo habitaban el sacerdote San Zacarías y su anciana esposa Santa Isabel, cuando su hijo San Juan Bautista, el Precursor, vino al mundo. Actualmente es uno de los pueblecillos más pintorescos de la Judea, situado sobre unas graciosas colinas en el arranque de un vallecito, circuido de montes más altos y habitado por unos 700 mahometanos y unos 100 católicos, con unos cuantos griegos cismáticos. Sus antepasados son tenidos por Mogrebinos, esto es, por originarios de Occidente y en especial de España, de donde, dicen, los expulsó D. Fernando el Católico. Sus viviendas, aunque toscamente construidas, no parecen tan miserables como la de los otros pueblos; la campiña está bien cultivada y varias familias se dedican al cuidado de colmenas de las que extraen aromática miel muy estimada en Jerusalén.

El convento de los PP. Franciscanos, que es el mejor edificio del pueblo y que tiene aspecto de fortaleza, está construido sobre el solar mismo de la casa de San Zacarías y Santa Isabel. La *iglesia del convento*, que, como de costumbre, es también parroquia católica, es una de las más regulares y hermosas de Palestina. Devastada y profanada por los infieles, que la convirtieron en cuadra, estuvo mucho tiempo en estado ruinoso, hasta que Luis XIV la hizo restaurar y decorar como se encuentra actualmente, gastándose en las obras 100.000 francos. Tiene la figura latina, grandes zócalos de pintados azulejos, tres naves formadas por pesadas pilastras, hermoso pavimento de mármoles de colores y buenos altares y esculturas con un cuadro de Murillo. En el ábside de la nave de la izquierda, más honda que el suelo de la iglesia, hay una hermosa capilla, construida sobre el *lugar mismo donde nació el Santo Precursor* y adornada con cinco magníficos bajos-relieves en mármol

blanco sobre fondo negro, remitidos por el rey de Nápoles, y colocados en torno de la capilla, que representan el nacimiento de San Juan, su predicación en el desierto, su martirio, la visitación de María Santísima á su prima Santa Isabel y el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo. En un mármol circular del pavimento, sobre el cual arden seis lámparas constantemente, hay una inscripción que dice: *Hic Precursor Domini natus est*: aquí nació el Precursor del Señor.

«Hubo en los días de Herodes rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, de la suerte de Abias y su mujer de Aarón y el nombre de ella Isabel.»

«Y eran ambos justos delante de Dios, caminando en todos los mandamientos y estatutos del Señor. No tenían hijo porque Isabel era estéril y ambos eran avanzados en sus días. Aconteció que ejerciendo Zacarías su ministerio de sacerdote delante de Dios en el orden de su vez, según la costumbre del sacerdocio, salió por su suerte á poner el incienso, entrando en el templo del Señor. Toda la muchedumbre del pueblo estaba fuera orando á la hora del incienso. Zacarías al verle se turbó y cayó temor sobre él. Mas el ángel le dijo: «No temas, Zacarías, porque tu oración ha sido oída y tu mujer Isabel te parirá un hijo al que le pondréis por nombre Juan. Tendrás gozo y alegría y se gozarán muchos en su nacimiento. Porque será grande delante del Señor y no beberá vino, ni sidra y será lleno de Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. A muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor el Dios de ellos. Porque él irá delante de él con el espíritu y virtud de Elías para convertir los corazones de los padres á los hijos y los incrédulos á la prudencia de los justos, para aparejar al Señor un pueblo perfecto.» Y dijo Zacarías al ángel: «¿En qué conoceré esto? porque yo soy viejo y mi mujer está avanzada en días.» Respondiendo el ángel, le dijo: «Yo soy Gabriel que asisto delante de Dios y soy enviado á hablarte y á traerte esta feliz nueva. Tú quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día que esto sea hecho, porque no creíste á mis palabras, las cuales se cumplirán á su tiempo.» El pueblo estaba esperando á Zacarías y se maravillaban de que se tardase él en el templo. Cuando salió no les podía hablar y entendieron que había visto visión en el templo. El se lo significaba por señas y quedó mudo. Cuando fueron cumplidos los días de su ministerio, se fué á su casa. Después de estos días concibió Isabel su mujer y se estuvo escondida cinco meses diciendo: Porque el Señor me hizo esto en los días, en que atendió quitar mi oprobio de entre los hombres..... Mas á Isabel se le cumplió el tiempo de parir y parió un hijo. Oyeron los vecinos y parientes que el Señor había señalado con